

El taller como espacio de producción colectiva

Arq. Iván Ravnik, Profesor Asistente - Arq. Aníbal Bardossy, Profesor Asistente.

El oficio de ser docentes en los tiempos actuales, nos hace cuestionar muchos aspectos; y así mismo nos enfrenta a nuevos y diversos males. La situación es la de comunicar los contenidos reales de los procesos de aprendizaje académicos. De la cual surgen una serie de interrogantes, tales como: ¿Enseñanza y aprendizaje? - ¿Qué es enseñar hoy? o ¿Cómo se enseña hoy en día?, en definitiva, ¿Qué esta primero, la gallina o el huevo? Nos preguntamos muchas veces, quien enseña ó quien aprende; cual es el rol de ser docente y cual la de ser alumno. Sucede que el aprender esta estrictamente relacionado con las acciones de experimentar, transitar y/o compartir diferentes prácticas tanto de carácter personal como de carácter colectivo.

La enseñanza de la arquitectura nos obliga a ser motivadores de aprendizaje. La arquitectura no se enseña, se aprende a medida que se la transita. No se puede enseñar lo que no se sabe ó no conoce; el conocer implica el contacto con nuestra realidad cotidiana. Nuestros modos de vida, los territorios en que nos movemos. Desde conocer lo que es un ladrillo (la materia con que se construye), una cinta métrica (transferir el proyecto) hasta la manera en que piensa nuestro cliente ó nuestros albañiles (entender el contexto humano).

Como vemos, todo esto nos lleva a asumir que la arquitectura es complejidad al 100%. Dentro de este contexto entendemos, es donde el taller asume el rol de espacio de transferencia educativa y productiva de la arquitectura. Para poder asumir y enfrentar esta complejidad, debemos encontrar los mecanismos más efectivos donde transferir esas experiencias. El taller, dado su carácter aglutinante, se convierte en el espacio ideal para intercambiar conocimientos, experiencias y pensamientos sobre arquitectura.

Resulta necesario hacer una reflexión sobre el espacio taller, sobre quienes lo componen y como lo apropiamos. Anteriormente mencionamos que los docentes somos motivadores, cierta clase de guías en lo que es el proceso de aprendizaje.

Sin lugar a dudas, en la mayoría de los casos, la relación numérica entre docentes y alumnos, o las condiciones físicas del espacio taller, entre otros, parece o suelen ser las ideales. Es por ello que entendemos que en este ámbito de intercambio, la relación posible entre los mismos alumnos es uno de los ejes principales por los cuales debe desarrollarse la fortaleza del taller; incentivar la comunicación de ideas arquitectónicas entre pares es uno de los mejores modos de producir nuevos y diversos pensamientos.

La complejidad arquitectónica no solo se debe a su naturaleza material y expeditiva a la vez, sino también se debe al sin número de respuestas posibles que se pueden dar ante un mismo requerimiento y/o problemática. Esta variedad y diversidad enriquece la experiencia de habitar un taller, siempre y cuando se comunique o se exponga a los demás. La crítica colectiva es una experiencia motivadora para el alumno. Tanto para ser evaluado por sus docentes y sus pares, como también para aportar conocimientos y opiniones al taller en general.

Nuevos hábitos y costumbres demuestran y denotan la necesidad de la interrelación que poseemos las personas. Las redes sociales, muy frecuentes en estos tiempos, son fieles ejemplos a estas prácticas. Éstas, así mismo nos generan nuevos modos de conectarnos; entre ellas podemos mencionar particularmente un cambio con respecto a la de la exposición en público de nuestras vidas y/o pensamientos. Esta rutina tan actual y normal es nuestros días, es una de las mejores maneras para estructurar para y fortalecer el desarrollo del taller. La exposición cotidiana de los proyectos en el medio académico resulta un modo de compartir con el taller la experiencia hasta el momento realizada. La diversidad de requerimientos pedagógicos de la carrera universitaria, demanda en el alumno una eficiencia y eficacia en el uso y el manejo del tiempo disponible. De modo que se hace necesario capitalizar al máximo las horas semanales con que se cuentan en el taller. La producción e investigación en el aula, permite a los alumnos indagar en el complejo mundo arquitectónico. Experimentar un sinnúmero de posibilidades (desde su inserción en el sitio, la relación con el entorno, hasta la composición y el funcionamiento estructural; sin dejar de lado los aspectos espaciales y/o funcionales) conlleva a enriquecer ese transitar que planteamos.

Así mismo el trabajo interdisciplinario entre las diferentes las materias de la carrera, es el mecanismo más lógico y coherente. Resulta imposible imaginarse la arquitectura por partes separadas, este “todo complejo” requiere un pensamiento integral, amplio y diverso; indagando simultáneamente su naturaleza desde todos los campos posibles.